

SANTO ESTEVO DE RIBAS DE SIL

Parroquia perteneciente al municipio de Nogueira de Ramuín, ubicada junto al río del que toma el nombre, muy próxima, por otro lado, a la desembocadura de este en el Miño. Dista alrededor de 2 km de la cabecera municipal, Luintra, pudiendo accederse a ella desde la capital provincial bien por la Carretera Nacional 120 que, en dirección a Monforte de Lemos, corre paralela al río Miño, hasta 4 km antes de Os Peares, debiendo tomarse aquí una desviación, la carretera local OU-14, que nos lleva, tras recorrer 6 km, hasta la citada Luintra, bien por la carretera autonómica OU-536 hasta poco antes de Esgos. Aquí habrán de cogerse las carreteras locales OU-481 y OU-14 hasta llegar, tras 14 km de recorrido, también hasta Luintra, desde donde otra carretera, la CV 323, nos conduce ya hasta el monasterio.

Monasterio de Santo Estevo

SE HALLA EMPLAZADO en un lugar privilegiado, próximo al río Sil, nucleando la que, por un error de transcripción documental debido al historiador benedictino Fray Antonio de Yepes, ha dado en llamarse *Rivoira Sacrata* (*Ribeira Sacra*). Sus orígenes, muy confusos, se han remontado en ocasiones a tiempos anteriores a la invasión musulmana (se ha relacionado con San Martín Dumense, en el siglo

VI). Desde el punto de vista documental, en todo caso, no consta su existencia hasta que, el 12 de octubre de 921, el abad Franquila procedió a su restauración. Desconocemos en qué momento la comunidad aquí asentada adoptó la Regla benedictina como norma de vida colectiva. Con ella conocerá un gran esplendor entre los siglos XII y XIII. A finales de este último, sin embargo, comenzará su declive, acentuado

Panorámica del emplazamiento



durante la Baja Edad Media. Lo superará con la incorporación, en puridad en 1506, a la Congregación de San Benito de Valladolid, a la que pertenecerá y con la que recuperará su pasado protagonismo, observante y monumental, hasta su desaparición como recinto monástico a raíz de las leyes desamortizadoras de 1835. Fue declarado Monumento Nacional en 1923. En la actualidad y desde el año 2004, gran parte de las dependencias que integran el espectacular complejo, tras haber sido convenientemente restauradas y una vez también que se descartaron otros cometidos, están destinadas a usos hoteleros (Parador Nacional de Turismo).

LA IGLESIA

Posee planta basilical, con tres naves de, en apariencia, cuatro tramos cada una. Los más inmediatos a la cabecera, sin embargo, son más largos que los tres restantes, lo que hace que esa parcela oriental del templo, reforzada en su significación también por la mayor complejidad de los pilares que lo cierran por el oeste (tienen un núcleo de planta cruciforme, no cuadrada), sea en realidad, independientemente de que no se acuse como tal al no proyectarse el espacio por sus frentes norte y sur más allá de los muros laterales del edificio,

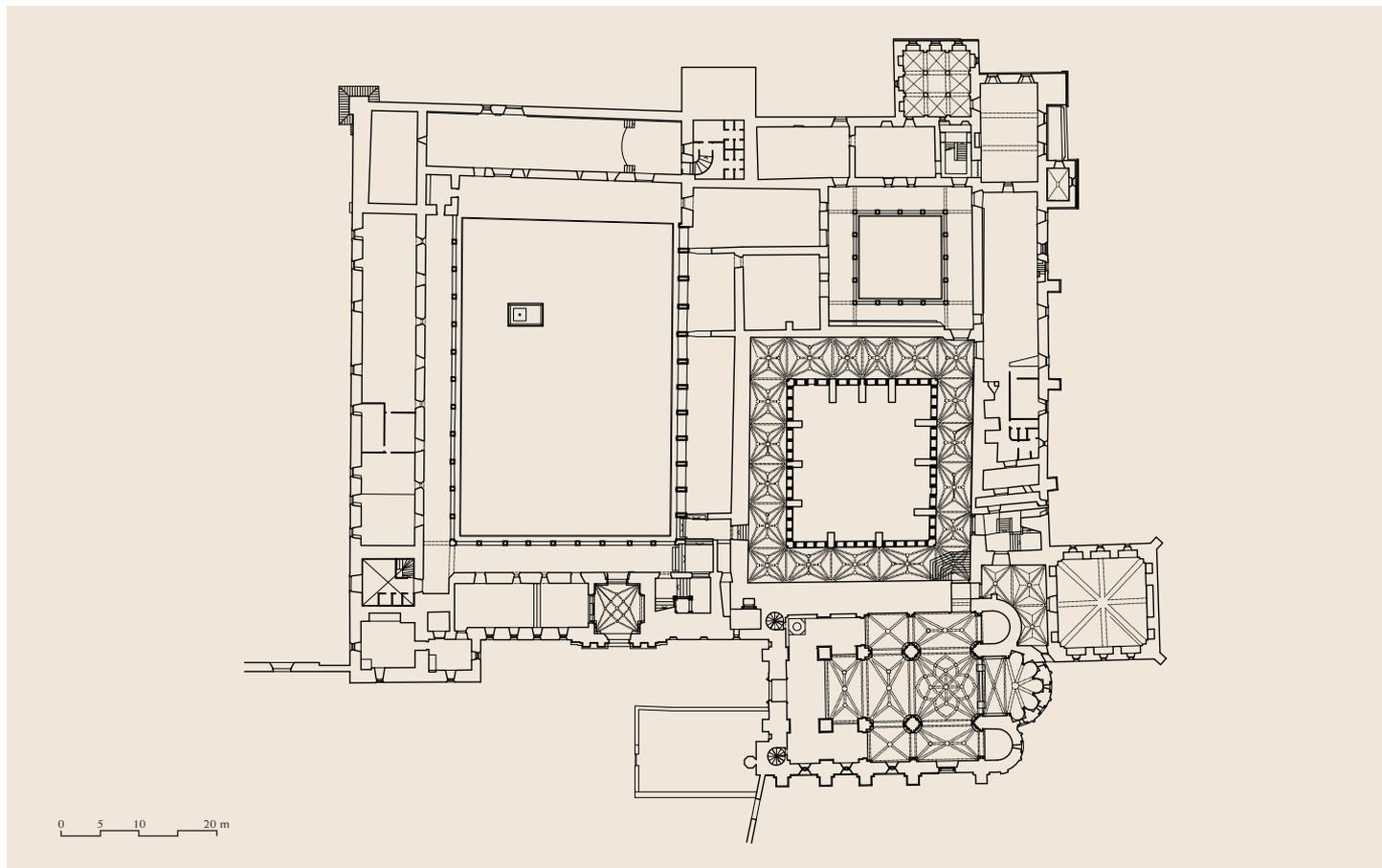
un crucero, consideración que no desmiente el tratamiento diferenciado que en alzado recibe el tramo. En él, en el costado norte, pese a las reformas que sufrió, se aprecian todavía, embutidos en el muro, restos de una puerta con arco de medio punto de sección prismática y sin ornato alguno. En el sur, oculto hoy por un retablo, se halla una puerta de la que se observa como remate, en parte, una estructura de forma pentagonal compuesta por varias piezas.

Remata el templo por su costado este con una cabecera compuesta por tres ábsides semicirculares —el central, muy marcado, exhibe su hemiciclo perforado por cinco nichos semicirculares—, todos, el mayor y los laterales, precedidos por un tramo recto presbiterial.

En su interior, las naves, con la central más ancha, el doble, que las laterales, están separadas por pilares compuestos, con sólido núcleo prismático y columnas embutidas en cada una de las caras. La zona inferior de los dos últimos en cada costado y, sobre todo, la de los más occidentales, los finales, está retallada u oculta por el refuerzo que hubo que construir al instalarse en esa parcela el coro alto, que ocupa hoy un tramo en la nave central y dos en las laterales.

El primer pilar de los dos lados, esto es, el más oriental, el que delimita por el oeste el que en realidad ha de ser considerado como crucero, según ya anticipé, muestra, potencian-

Planta

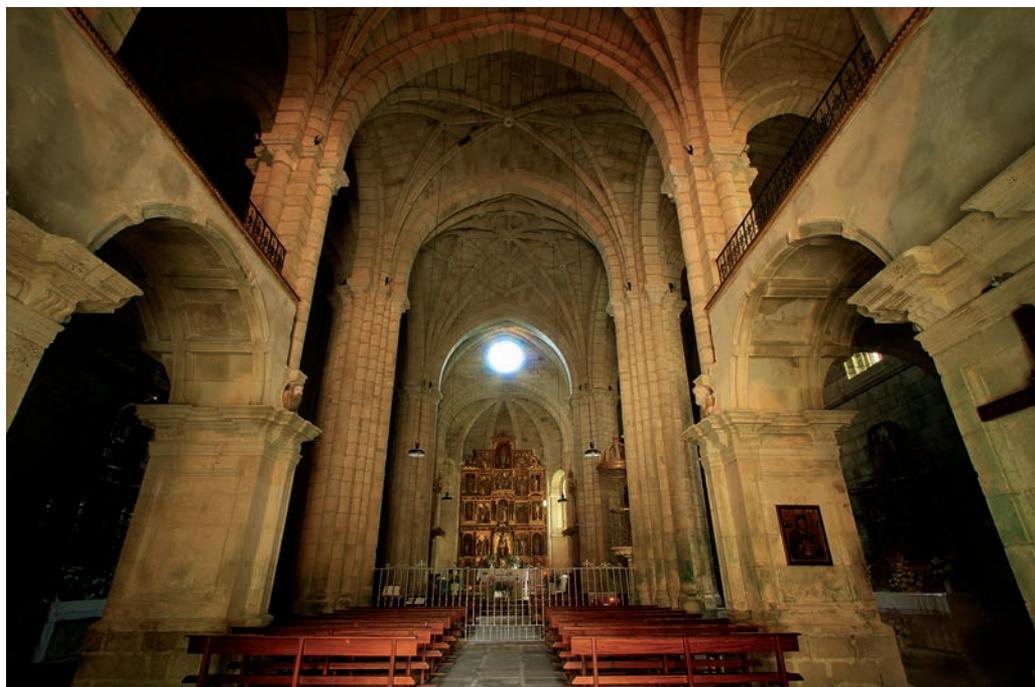


*Alzado sur**Alzado este**Sección transversal*

do, pues, su significación estructural, un modelo diferente, con un núcleo cruciforme, columnas entregas en los cuatro frentes y, en los codillos, otras más finas, pero de idéntica configuración/composición (basas áticas, fustes despegados en tambores lisos, de altura idéntica a la de las hiladas del núcleo en el que se embeben, y capiteles vegetales). Estos dos pilares, además, se alzan sobre un alto y macizo zócalo cilíndrico, de arista superior viva.

Los arcos, formeros y fajones, que delimitan los diversos tramos del cuerpo longitudinal del templo son todos iguales: apuntados y doblados, los dos de sección prismática lisa, excepción hecha de la dobladura de los torales que sirven

de acceso a los brazos del supuesto crucero, que perfilan su arista en fino baquetón sin ornato. Se apoyan, el mayor en el núcleo del pilar o en el muro frontero de cierre, el menor sobre columnas entregas, bien en los muros extremos, bien en los pilares. Las características de estas columnas son como las ya comentadas a propósito de las que se insertan en los codillos del primer pilar de cada lado, las usuales en su tiempo. Poseen basas áticas, con ancho toro inferior, asentadas en plintos decorados en algunos casos (los más cercanos a la cabecera); fustes lisos, compuestos por tambores, y capiteles, en su gran mayoría con ornato vegetal. Por su interés, debe reseñarse que en los muros laterales, al lado de los capiteles,

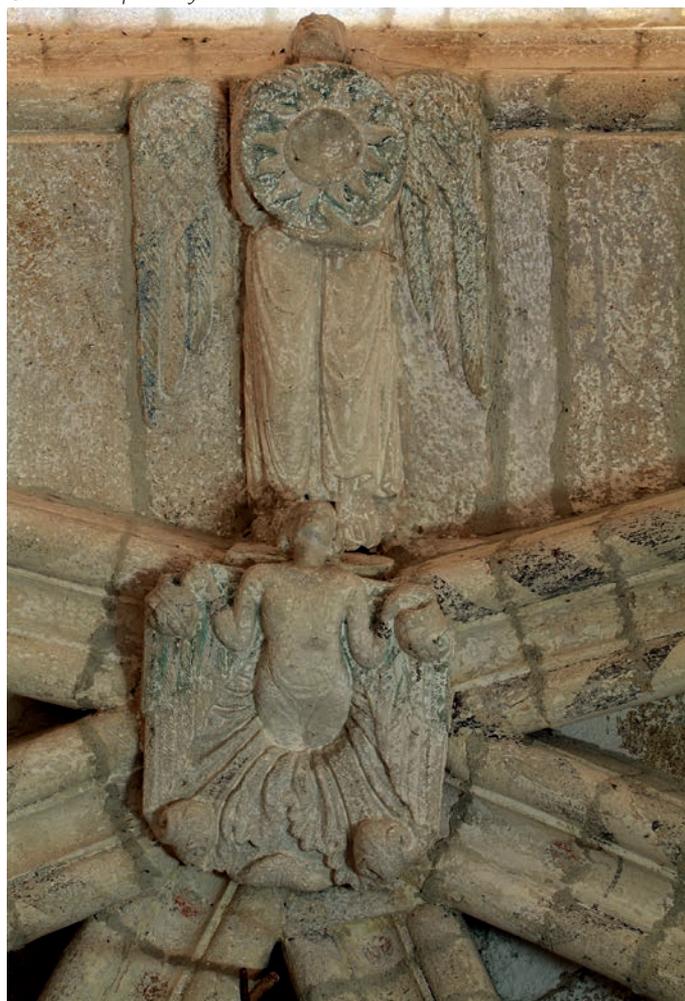


Interior de la iglesia

Capilla mayor



Clave de la capilla mayor



*Nave central*

se insertan ménsulas-capitel que sirven de apoyo a los nervios de las cubiertas.

Bóvedas de crucería, en efecto, cubren la totalidad de los tramos del cuerpo longitudinal del templo. No son iguales todas. Existen diferencias entre las diferentes parcelas. Las naves laterales, excepción hecha del primer tramo, exhiben bóvedas de crucería cuatrimpartita simple. Los mismos tramos de la central y los dos no citados de las extremas, es decir, los dos inmediatos a los ábsides, muestran bóvedas más complicadas, con terceletes. Esa complejidad se hace mayor, más efectista y vistosa, en el tramo situado justamente delante de la capilla mayor (el que es, en realidad, el tramo central del transepto), coronado por una preciosa bóveda de crucería estrellada. Todas las bóvedas, sea cual fuere su configuración, simple o compleja, se elevan a la misma altura y en todas también los nervios exhiben el mismo perfil, siendo idénticos asimismo en todos los casos las claves.

La nave mayor no posee luz directa por sus costados. Sí la tienen —o la tenían, pues intervenciones diversas durante la Edad Moderna provocaron la desaparición o el cegamiento, en parte, de algún vano en el lado norte— los tramos de las laterales, dotados, en cada parcela, de rasgados ventanales coronados por un arco doblado apuntado, de sección prismática los dos, lisos, volteados sobre las jambas sin solución de continuidad, componiendo la tracería, muy simple, dos estrechos vanos también agudos con un pequeño óculo en el tímpano, uno y otros, como la totalidad del vano, de una extraordinaria simplicidad, sin complemento figurativo alguno. La cabecera es, sin discusión, la zona más cuidada y vistosa del templo. Está compuesta por tres capillas semicirculares

Ábside de la Epístola



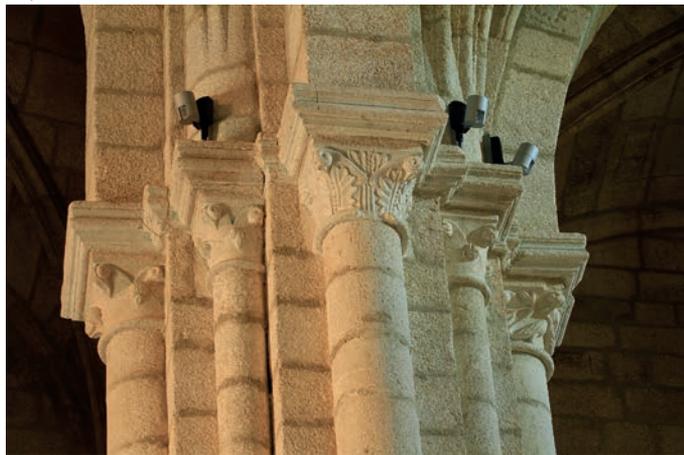
Capiteles de la nave sur

Capiteles del crucero



Capiteles del crucero

Capiteles de las naves



precedidas todas de tramo recto, muy acusado este en la central. Se accede a ella, desde el crucero, por medio de un arco triunfal apuntado y doblado. El menor, de sección prismática y aristas vivas, voltea sobre columnas entregas, de basas áticas y plintos decorados con motivos geométricos y vegetales, montados sobre poderosos basamentos cilíndricos de arista superior matada por una destacada moldura convexa sin ornato; fustes lisos, despezados en tambores, y capiteles de tipo vegetal. El arco superior, también de perfil rectangular, talla su arista en plástico baquetón liso, apeándose en el núcleo del machón correspondiente.

El tramo recto de la capilla que comento, la central, se cubre con bóveda de crucería cuatripartita, con un vistoso florón en la clave. Los nervios, de sección prismática, perfilan sus aristas con baquetones lisos, disponiéndose entre ellos una media caña, asimismo sin ornato alguno. Se apoyan estos nervios, al este, en cortas columnas apeadas sobre la imposta que, prolongando la del soporte del arco de acceso al hemisiciclo absidal, recorre todo el presbiterio. Bajo esa imposta, en el codillo, se emplaza una nueva columna, aunque sin capitel. En el costado oeste del tramo los nervios voltean sobre capiteles-ménsula. Un nicho cerrado por un arco de medio

punto, de sección prismática y sin ornato alguno, anima, en cada lado, su cuerpo alto.

El ingreso en el hemisiciclo absidal se efectúa mediante un arco triunfal semicircular, de perfil rectangular, con la arista tallada en baquetón liso, ciñendo el conjunto una chambrana que muestra también una moldura convexa sin decoración. Ocupa la clave de este arco, montado sobre pilastras que ostentan la misma molduración, un ángel que sostiene en sus manos un disco solar.

El tramo curvo del ábside es más bajo que el recto. Esta diferencia de altura entre las dos parcelas permite abrir un rosetón en el muro diafragma levantado para salvarla. Gruesas bolas, un motivo bien documentado en la iglesia, decoran la moldura cóncava que perfila el vano.

El semicírculo absidal se cubre con una vistosa bóveda compuesta por seis nervios de perfil idéntico al del que ostentan los ubicados en el presbiterio. Delimitan cinco plementos cóncavos, convergiendo en una clave común, independiente de la del arco de ingreso, decorada con una figura masculina desnuda, de gran tamaño, saliendo de entre carnosos elementos fitomórficos. Los seis nervios citados voltean sobre columnas embutidas cuyos rasgos básicos son idénticos a los



Retablo pétreo. Anverso
(Foto: Enrique Segura)



Retablo pétreo. Reverso

de las ya descritas. Entre estas columnas, en la parte situada justamente debajo de la imposta que marca el inicio de los gallones de la bóveda, se practican cinco nichos semicirculares, cerrados por arco de medio punto perfilado por baquetón liso. En el fondo de cada uno de los nichos se abre una ventana. Las tres centrales están ocultas por el retablo, impidiendo así ver si todavía persiste hoy ahí la decoración pictórica, con toda probabilidad coetánea de la fábrica de origen, que, como pudo documentar M. Castiñeiras, se conservaba relativamente bien hace unos años, hoy ya no, en la parte inferior de los semicírculos extremos y que ofrecía, sobre un enlucido de base y con líneas rojas, la imitación de un muro de sillería ficticio que recubría el real. Las ventanas son todas de tipo

completo y doble derrame, con arco de medio punto sobre columnas acodilladas que nada ofrecen de novedoso.

El ingreso en las capillas laterales se hace por medio de un arco triunfal apuntado, de sección prismática y aristas vivas. Se apoya en columnas entregas montadas, aproximadamente a mitad de la altura total del ábside, sobre otro soporte de composición análoga, es decir, con basa, fuste y capitel, a cuyo lado, hacia el muro del transepto, se emplaza una ménsula. Las características de estos últimos elementos, sin embargo, son muy distintas de las que exhiben los soportes superiores, señal evidente de que no son coetáneas, de que fueron realizadas en momentos también dispares. Se aprecia esa diversidad también en el tratamiento que



Basamento de pilar e inscripción de 1183

reciben las parcelas frontales del codillo sobre el que voltea el arco –apuntado y simple– de acceso al hemiciclo absidal, marcando la separación de campanías la imposta, compuesta por una superposición de molduras cóncavas y convexas lisas, que prosigue la que en el tramo recto prolonga el cimacio de los capiteles delanteros inferiores iniciales. El vano que sobre ella se halla no pertenece a la fábrica inicial. Sí procede de ella el inferior, reformulado en el lado sur, íntegramente conservado, en cambio, en el norte (posee arco de medio punto aristado y sin ornato, imagen que ofrece también el vano propiamente dicho, con acusado derrame interno). En el costado opuesto del tramo, contiguo, pues, al ábside central, se practica, como en él, un nicho coronado por un arco semicircular de sección prismática, desnudo, montado directamente sobre las jambas, que rompe la uniformidad del paramento mural.

Se cubren estas dos capillas que comentamos, las extremas de la cabecera, con bóvedas nervadas, compuestas ambas por seis nervios que delimitan, como en el ábside central, cinco plementos cóncavos, si bien, a diferencia de aquel, la bóveda cubre ahora uniformemente las dos parcelas de que consta, es decir, el presbiterio y el hemiciclo, este algo más estrecho. Convergen los nervios, igualmente, en clave aislada de la del arco triunfal. Tanto la primera, con disco saliente, como el perfil de los nervios del segundo –triangular, con una moldura tórica, enmarcada por dos cóncavas, también lisas–, son exactamente iguales a los que presentan las bóvedas que cubren la totalidad de los tramos de las naves y del crucero. Como soporte, ostentan los seis nervios de los ábsides menores sencillas ménsulas.

Un último dato ha de ser reseñado en esta descripción del interior del templo abacial de Santo Estevo de Ribas de Sil: el epígrafe ubicado en la parte inferior del fuste destinado a soportar, en el costado oriental, el arco que separa el tramo central del “seudocrucero” con el meridional. Muestra una fecha: ERA MCCXXI, es decir, año 1183 (con mucha frecuencia se lee MCCXXII, esto es, año 1184, por considerar, equivocadamente, como integrante del epígrafe, un trazo vertical

que es, en realidad, la línea lateral que lo enmarca). Regía los destinos de la comunidad por entonces Ramiro Yáñez, documentado como abad entre 1165 y 1196.

Por lo que respecta al exterior del templo, también en él la cabecera, como acontecía en el interior, es la zona estructural y decorativamente más vistosa e impactante. Suele destacarse en ella ante todo, por su singularidad, el hecho de que los ábsides laterales, en oposición a lo que es habitual, sean más altos que el central. Esta organización, un *unicum* en Galicia, no es, sin embargo, original, no procede de la campaña inicial de trabajos del templo. Es producto de una intervención posterior, realizada, como comentaré más abajo, en el arranque del último tercio del siglo XVI, época en la que, tras un incendio, acaecido ca. 1562-1563, se realizan importantes trabajos tanto en las dependencias monásticas como en la iglesia, entre ellos las bóvedas que exhiben las naves y el recrecimiento en altura de los dos ábsides menores, dotados por entonces, como ya señalé, de una nueva cubrición. Este incremento de altura se aprecia a la perfección observando los desajustes que se evidencian en las parcelas superiores de los paramentos murales, cornisas incluidas, o de los contrafuertes.

Los tres ábsides, levantados sobre retallos escalonados, dividen sus hemiciclos en paños mediante columnas entregados en los laterales (el norte y también la zona a él inmediata del central están ocultos al exterior por la sacristía, pero lo que de ellos se conserva puede verse desde el interior de la estancia) y cuatro en el central, estos, no los contiguos, distribuidos en alzado también, mediante imposta, en dos cuerpos. Nada ofrecen de innovador estos soportes con respecto a otros ya comentados en el mismo edificio. Entre ellos se insertan ventanas, de rasgos idénticos, por este lado, a los que ya describimos al analizar el interior. Merece reseña, no obstante, el cuidado con el que están realizados todos los elementos, resultando visualmente muy efectista la cruz formada por cinco círculos calados, mayor el central, emplazada en el hueco de una de las ventanas visibles hoy al exterior en la capilla mayor. También destaca la altura de los cimacios prolongados en imposta, integrados por una superposición de molduras cóncavas y convexas lisas. De gran simplicidad, en cambio, son los vanos que se abren en el tramo recto, delimitado por un contrafuerte prismático simple, de las capillas laterales, con arco de medio punto, aristado, volteado sobre jambas sin perfilar, con acusado derrame interno. No son de época, sino producto de la intervención del siglo XVI ya referida, los vanos altos que en los dos se disponen, formalmente, por lo demás, muy similares al que se halla situado debajo, bien conservado el del norte, ensanchado su vano aprovechando el ámbito del derrame el del sur.

Particularmente llamativa resulta la cornisa que remata las tres capillas absidales. Exhibe, de arriba abajo, un alero integrado por cobijas, con perfil de nacela o con una combinación de molduras cóncavas y convexas, lisas las de la central y norte, decoradas predominantemente con bolas las



Ábsides

de la meridional, apoyado en una serie de arquitos, semicirculares en su práctica totalidad (tan solo uno, en el ábside norte, es apuntado). Estos arcos, cuyas enjutas muestran también frecuentemente motivos diversos, se montan, a su vez, en canecillos que ostentan temas muy dispares. Ofrecen idéntica diversidad así mismo los elementos que decoran las metopas (vegetales, geométricos, zoomórficos, etc.), resultando especialmente significativa la presencia, en una de las ubicadas en la capilla del lado sur, de un Crucificado flanqueado por cuatro cabezas bajo el cual figura un epígrafe, 1570, de capital significación, como se verá, para el análisis y valoración del edificio.

Las torpezas o, mejor aun, los desajustes que se aprecian en los remates de las dos capillas extremas son producto, uno más, de las modificaciones que ambas sufrieron en el último tramo del siglo XVI, ya citadas y a las que habremos de volver ulteriormente. En ellas, tras el recrecimiento, se aprovecharon para el nuevo remate los elementos que integraban el precedente, el inicial del edificio, materializándose la intervención no siempre con cuidado, incorporándose también en la capilla norte, como ya se señaló, un arquito apuntado perfilado por bolas idéntico a los que figuran en el remate de los muros laterales del templo, lo que certifica una estricta contemporaneidad para los ámbitos en los que se hallan. Ese recrecimiento de las capillas extremas, por otro lado, refuerza la significación visual del rosetón, cuya arquivolta se decora con bolas u hojas rematadas en bola, practicado en el muro

diafragma que salva la diferencia de altura existente entre los tramos recto y semicircular del ábside central. La figura alada que hoy se halla incrustada en el piñón no pertenece al proyecto original.

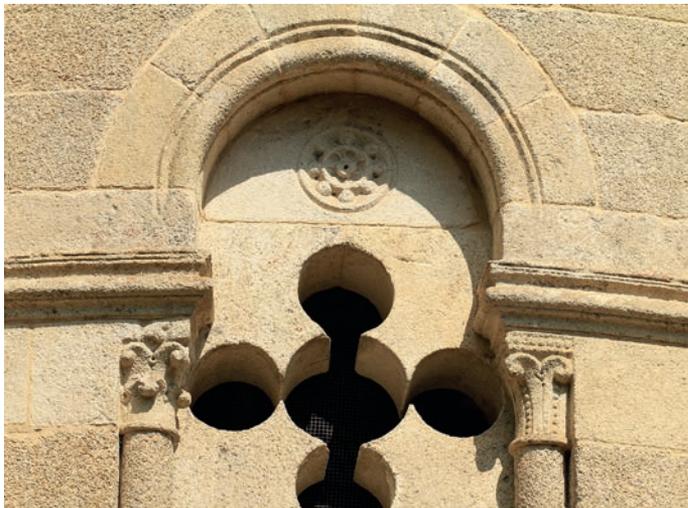
El cuerpo longitudinal del edificio está cubierto por un tejado único a dos aguas que engloba a las tres naves que lo componen. En su piñón este se ubica un carnero que soporta una cruz postmedieval.

El flanco norte del templo está oculto en buena medida por el claustro procesional, observándose muy bien, sin embargo, la zona alta. Las características de esta última son muy similares a las que muestra el costado opuesto, perfectamente visible en su totalidad: contrafuertes prismáticos dobles marcando los tramos (se sitúan también en los extremos del lienzo), ventanas con arco apuntado en cada parcela, ya descritas, y cornisa con arquitos. Estos, ahora, ofrecen novedades con respecto al modelo señalado en la cabecera. Son prácticamente todos apuntados y de aristas perfiladas por moldura cóncava surcada de trecho en trecho por pequeñas bolas. Como antes, no obstante, se apean en canecillos, los cuales, así como gran parte de las metopas, decoradas con motivos diversos, son resultado de la reutilización, en el entorno de 1570 (un arquito idéntico a estos que se hallan en los costados norte y sur del templo se encuentra en el remate de la capilla septentrional de la cabecera, lo que corrobora la coetaneidad de la intervención en ambas parcelas), de piezas procedentes de una cornisa anterior. Por encima de



Cornisa del ábside central

Ventana del ábside central



esta estructura, en el flanco septentrional, se sitúa una parcela de muro, no excesivamente elevada, sin ornato alguno, que documenta a la perfección el recrecimiento del lienzo.

En el cuerpo inferior del tramo oriental del muro sur, es decir, del que en realidad hay que considerar crucero, según ya dije al valorar el interior, se encuentra, tapiada hoy, la puerta que comunicaba el templo, por este flanco, con el exterior. Consta de dos arquivoltas semicirculares. La exterior, a paño con el paramento, perfila su arista en baquetón

liso. Se apoya directamente, sin mediar elemento alguno de separación, sobre el muro. La interior, por su parte, exhibe su arista también abocelada y lisa, moldurando la rosca una media caña decorada con botones. Voltea este arco sobre columnas acodilladas, con fustes lisos, basas áticas y capiteles vegetales, con hojas lisas, de escaso resalte, pegadas al bloque y curvadas en su remate, donde, bajo los ángulos, se ubica una bola o un nuevo elemento vegetal. Sobre ellos se sitúan los cimacios, cortados en nacela y sin ornato.

La arquivolta cobija una estructura adintelada, con sillares dispuestos en dos hiladas, perfilando las aristas de la inferior baquetones lisos que se prolongan por las mochetas que le sirven de apoyo y las jambas que las continúan.

En el frente opuesto al que acabo de describir se disponía la puerta que, desde el templo, daba acceso al recinto claustral. Producto, la que actualmente se halla en ese lugar, de las reformas que el complejo monástico experimentó en la Edad Moderna, quedan todavía en el interior, el que da a la iglesia, pese a esas alteraciones, según ya se dijo, restos del arco semicircular, muy sencillo, que la coronaba.

La fachada occidental, enmarcada por dos torres prismáticas, sufrió importantes reformas en época barroca. Persisten todavía, no obstante, vestigios muy significativos del hastial primitivo: los dos contrafuertes prismáticos centrales, situados en los puntos correspondientes a los arcos formeros del interior; los nichos estrechos, ubicados a sus lados, rematados

por arcos en mitra (otros, idénticos, pero embutidos, a paño con el muro, se aprecian en el tramo central, inmediatos a los contrafuertes que lo delimitan); el rosetón superior de la calle principal, con arquivolta externa decorada con gruesas bolas (el vano, hoy libre, se aprovechó, hasta la última intervención restauradora, muy a finales del siglo XX, para instalar un reloj); las ménsulas, una, la del lado norte, con una cabeza humana, y otra, la del sur, con un cuadrúpedo, emplazadas junto a este mismo rosetón; la parcela inferior de las torres, etc. En el interior de estas últimas, a las que se accede desde los pies del templo por medio de sencillas puertas, una por costado, cuyo dintel descansa sobre mochetas simples, se acomodan unas escaleras de caracol, solución nada extraña en la época, comunicadas entre sí mediante un paso practicado en la cara interna del muro de la fachada, emplazándose en la zona que ocupa el rosetón un gran arco de descarga. Esta organización, vistosa y funcional, cuenta con numerosos paralelos en construcciones románicas de fecha avanzada; Santo Estevo de Ribas de Miño (Lugo), San Xoán de Portomarín (Lugo) o San Lourenzo de Carboeiro (Pontevedra) pueden, entre otras, ser traídas a colación a ese respecto.

Inmediata a esta fachada, oculta hoy por la que, dispuesta en ángulo recto con ella, cierra por su costado meridional el claustro de la portería, el de mayor envergadura de la Casa, se conserva todavía una puerta que comunicaba la parcela suroccidental del claustro procesional, el único existente en tiempos medievales, con el exterior del recinto monástico. Exhibe, por la que sería su cara externa, un arco de medio punto, de arista perfilada por una moldura cóncava lisa y rosca cortada en nacela, también sin ornato. Idéntico perfil ofrece la chambrana, igualmente desornamentada. Voltea el arco sobre columnas acodilladas, hoy sin fustes, conservándose, en cambio, las basas, áticas, y los capiteles, de tipo vegetal. Sus cimacios, en nacela lisa, se prolongan ligeramente en imposta por el frente del muro, sirviendo de apoyo a la chambrana. La arquivolta, al igual que en la puerta de acceso al crucero desde el exterior, engloba una estructura adintelada compuesta por dos sillares superpuestos. Se apoyan estos en mochetas muy sencillas cortadas en nacela sin ornato alguno.

La iglesia de Santo Estevo de Ribas de Sil, tanto por sus dimensiones, poco frecuentes en su tiempo en el territorio en que se halla, como por las particularidades formales que exhibe, es una empresa de capital significación para la historia de la arquitectura gallega. La fecha de su inicio, pese a que en alguna ocasión se ha relacionado con el obispo ourensano Pedro Seguí, quien habría procedido incluso a consagrarla durante su mandato al frente de la diócesis (entre 1157 y 1169), no admite discusión: tuvo lugar en 1183, año que figura, como ya dije, en una inscripción emplazada en el tambor del fuste de una columna entrega ubicada en un machón de su cabecera. A ella convienen perfectamente, por lo demás, las particularidades constructivas y ornamentales de esa parte del edificio (deben exceptuarse, obviamente, las remodeladas

parcelas altas de los ábsides laterales) y de otras que, dentro de él, le son estilísticamente afines.

El análisis detenido de los rasgos estructurales y decorativos presentes en las zonas acotadas permite, por otro lado, relacionar a sus autores con el equipo responsable de la campaña constructiva de la catedral de Ourense, para mí la segunda, significada, en cualquier caso, por su consagración en 1188. De aquí, de esta soberbia empresa, proceden rasgos tan singulares y significativos como la organización de la capilla mayor, con su diferencia de alturas entre el presbiterio y el hemiciclo; el tipo de bóvedas que cubren una y otra parcela; el perfil de los nervios; el emplazamiento de figuras en la clave; la apertura de cinco nichos en el hemiciclo del ábside central; las cornisas sobre arquitos con metopas decoradas; el empleo de bolas como ornamento; diversos modelos de capiteles; el estilo de las figuras; el tipo de flora utilizada, etc. La fecha de su arranque, 1183, la convierte, verosímelmente, en el primer gran monumento que recibe el impacto de sus formulaciones, esenciales para entender una de las vertientes con mayor presencia y personalidad del románico final de Galicia. Téngase en cuenta, para valorar adecuadamente la precocidad que comento, que la consagración del altar mayor de la sede episcopal ourensana, como ya anticipé, tuvo lugar en 1188, esto es, cinco años después del comienzo del edificio que analizamos.

El parentesco, la derivación de pautas presentes en la fábrica catedralicia diocesana, permite, por otro lado, relacionar a Santo Estevo de Ribas de Sil con otras empresas, más o menos próximas, en las cuales el impacto de esa cabecera ourensana se hace también particularmente evidente. Muy significativas, a ese respecto, son las coincidencias del templo que nos ocupa con el de Santo Estevo de Ribas de Miño (Lugo), un edificio cuya única capilla muestra también tres nichos semicirculares practicados en el hemiciclo absidal. Las similitudes entre ambas empresas, sin embargo, son más producto de una comunidad de origen que de un contacto directo y efectivo entre ellas.

El taller que inició la construcción de la iglesia abacial de Santo Estevo de Ribas de Sil, en cuyas formulaciones, sobre todo en lo ornamental y en las zonas altas exteriores, más tardías, por tanto, se evidencia en ocasiones una clara tosquedad, explicable en parte también por la naturaleza del material utilizado en la obra, no llegó a completar sus trabajos. Los datos sobre sus particularidades formales más arriba ofrecidos así lo certifican. Problemas económicos, muy verosímelmente, deben estar en el origen de esa inconclusión. A ellos, como causa de la paralización de los trabajos, se alude, en cualquier caso, en dos documentos de la última década del siglo XIII, uno real, otorgado por Sancho IV el 26 de enero de 1295, otro, firmado por nueve arzobispos y obispos, fechado el 31 de octubre de 1298, uno y otro valiosos también por transmitirnos de manera muy directa el estado de postración en el que por entonces se encontraba sumido el monasterio.



Cornisa del ábside sur



Portada sur del crucero

Es muy probable que esos problemas hubieran comenzado a detectarse ya en tiempos de Alfonso IX. A tratar de resolverlos, convirtiendo al cenobio en un destacado centro de peregrinación local, generadora de significativos recursos económicos, puede responder, como también ha señalado desde otra perspectiva y muy oportunamente M. A. Castiñeiras, la difusión de la "leyenda" de los "nueve obispos santos" que a él se habían retirado en tiempos pretéritos para pasar allí los últimos años de su vida. No parece casual que la primera referencia documental de la presencia de esos cuerpos santos en Santo Estevo llegada hasta nosotros nos la proporcione un documento por medio del cual, el 9 de enero de 1220, el monarca hace importantes concesiones al monasterio *Sancti Stephani et novem corporibus sanctis episcopis que ibi sunt tumulata pro quibus Deus infinita miracula facit*.

Para la conclusión definitiva de las obras del templo habrá que esperar todavía, tomando como referencia la cita de tiempos de Sancho IV, casi tres siglos. Se producirá en una fecha avanzada del siglo XVI, tiempo después del ingreso de la abadía en la Congregación de San Benito de Valladolid. Este acontecimiento, como ya señalé más arriba, tuvo lugar en esencia en 1506, si bien la incorporación al organismo centralizador no se consolidará plenamente hasta unos años más tarde. El saneamiento de las rentas del monasterio que tal hecho posibilitó y los nuevos cometidos que se le asignaron al cenobio en el marco de la Congregación (fue convertido en Colegio de Artes en 1528), impulsaron la reestructuración de las dependencias comunitarias y propiciaron también, para adaptarla así mismo a las nuevas pautas normativas, intervenciones en la iglesia abacial, con toda probabilidad hasta entonces inconclusa. Un hecho fortuito, aunque dramático, el incendio que en torno a 1562-1563 asoló el monasterio, reforzó esas pautas, exigiendo

intervenciones no solo en las dependencias comunitarias, singularmente en el claustro de los Obispos y su entorno inmediato, sino también en la iglesia. De entonces proceden en esta, entre otras obras, el abovedamiento de las naves y el recrecimiento, con nueva cubrición obviamente, de los ábsides laterales. La fecha, 1570, emplazada, como ya indiqué, en una metopa del remate de la capilla meridional, sirve de referencia para datar estas obras.

Antes de que se acometiera la intervención con la que culminó la construcción de la abacial, en una data tardía del siglo XIV se hicieron en ella otros trabajos de cierta envergadura. Es lo que cabe deducir del tipo de ventanas abiertas en los costados laterales de las naves, para las que encontramos paralelos fechables por entonces en empresas mendicantes o en edificaciones monásticas por ellas influidas. Véanse como muestra, a ese respecto, las cabeceras de las iglesias coruñesas de San Pedro de Soandres (A Laracha) o de San Salvador de Cis (Oza dos Ríos).

La iglesia que hemos descrito, pese a las agresiones sufridas tras la exclaustación, conserva todavía hoy un mobiliario de gran entidad. Procede en su práctica totalidad de los siglos de la Edad Moderna. De tiempos anteriores, coetáneo de su campaña inicial de trabajos y obra del mismo taller que la ejecuta, es un espléndido retablo pétreo, hoy instalado entre el tramo central y el brazo norte del crucero, que hasta los años cincuenta de la pasada centuria estaba empotrado en la segunda planta del costado de poniente del Claustro de la Portería. Presenta forma pentagonal, decorándose su frente, en la parte baja, con una serie de arquitos sobre pequeñas columnas. La parte alta muestra, en el centro, a Cristo de pie, sosteniendo una cruz con soporte, esto es, una cruz procesional. A cada lado de él se sitúan seis apóstoles, flanqueándolo Pedro y Pablo. Todos están cobijados por un arco de medio



Cornisa del muro sur

punto, evidenciándose una progresiva disminución de tamaños hacia los extremos, una perspectiva jerárquica generada por el propio marco y que permite destacar sobre las demás a la figura que se quiere potenciar, la central, esto es, Cristo. Merece reseñarse el hecho de que Santiago se represente con el báculo en tau, típico de los preladados compostelanos, y con conchas de vieira, una de sus primeras representaciones con atributos de peregrino llegadas hasta hoy en Galicia.

El interés de este retablo, una *tabula retro altaris*, fechable alrededor del año 1200 o a principios del siglo XIII, obra, como ya señalé, del taller que acomete los trabajos de construcción de la abacial, radica no tanto o no solo en el hecho de ser uno de los escasos testimonios de ese tipo de muebles litúrgicos, muy frecuentes en su tiempo, llegados hasta hoy, sino también y sobre todo en ser un trasunto en piedra de modelos metálicos, más ricos y suntuosos, utilizados con idéntico fin. Entre ellos hay que mencionar en nuestro ámbito territorial de referencia más inmediato el encargado hacia 1135 por el arzobispo Gelmírez para el altar mayor de la catedral de Santiago de Compostela, conocido por el dibujo que de él inserta en su conocido *Informe* de hacia 1658 el canónigo fabriquero compostelano José de la Vega y Verdugo. El programa iconográfico que ofrece el que nos ocupa, inseparable del marco estructural y figurativo en el que se ubicaba y para el que fue concebido, la capilla mayor de la iglesia, las claves de cuyo arco de acceso al hemiciclo y la que recibe a los nervios que cubren a este, ostentan, respectivamente, un ángel de pie sosteniendo un disco solar y una figura masculina desnuda, representación del alma resucitada, ha sido convincentemente explicado por M. Castiñeiras, quien ha incidido en particular en su adecuación "a la celebración de los ritos de la liturgia pascual, [en los] que el Cristo coronado portando la cruz procesional seguido de los apóstoles del retablo pé-

treo se convertiría en una imagen especular de la procesión monástica de dicha celebración".

EL MONASTERIO

Las dependencias comunitarias de Santo Estevo de Ribas de Sil se hallan al norte del edificio eclesial. Conforman, fruto del extraordinario desenvolvimiento y de la acumulación de cometidos que el cenobio conoció durante los siglos de la Edad Moderna, un complejo constructivo de gran envergadura e interés.

Las diversas estancias se organizan en torno a tres claustros. El más antiguo, el único que aquí nos interesa, es el procesional, situado en el lado norte de la abacial, cuyo muro septentrional le sirve de apoyo. Se conoce con el nombre de Claustro de los Obispos, denominación nacida del hecho de haber estado enterrados en él, en su galería sur, contigua a la iglesia, los cuerpos de los legendarios nueve obispos santos que en tiempos anteriores habían abandonado sus respectivas sedes para retirarse a vivir sus últimos años en el cenobio, circunstancia, la del enterramiento en el monasterio, conocida, como ya dije, por un documento de Alfonso IX datado en 1220, no constando hasta 1463, año en el que el abad Alonso Pernas decide el traslado de sus reliquias a la capilla mayor del templo, que reposaban en el claustro monástico.

El recinto claustral que nos ocupa, de planta rectangular, con los lados este y oeste más largos que los ubicados al norte y al sur (14 arquerías en los primeros, 12 en los segundos, unos y otros divididos en origen en dos bloques idénticos, de 7 o 6 arquerías, según los casos, por medio de un sólido machón central), consta hoy de dos cuerpos, de épocas y características muy diferentes entre sí.

El piso inferior, el que por estilo nos corresponde analizar, se alza sobre un poyo corrido muy simple. Lo integran una serie de arquerías de medio punto distribuidas actualmente, no en sus inicios, pues entonces la secuencia estaba repartida por mitades idénticas en cada costado, en tramos irregulares mediante machones prismáticos. Todos los arcos son iguales. Semicirculares, como ya señalé, y sencillos, perfilan sus aristas en baquetón liso que provoca una nacela también sin ornato en la rosca. Rodea al conjunto una chambrana igualmente cóncava y lisa, completándose el semicírculo, salvo en algún caso aislado, solo en los extremos, recortándose en el resto de los espacios para facilitar el enlace con la contigua, una fusión que confiere al conjunto una innegable vistosidad. Se apoyan todos los arcos en columnas geminadas de basas áticas, con ancho toro inferior, y fustes lisos, monolíticos, muy esbeltos. Los capiteles, alargados y con desbastado troncopiramidal, exhiben mayoritariamente una decoración de tipo vegetal, predominando los modelos que ostentan hojas estilizadas, de escaso resalte, muy ceñidas al bloque, lisas las más, enroscadas en los ángulos en forma de volutas. En algunos casos, pocos, no obstante, se evidencia la introducción de hojas más naturalistas que documentan el

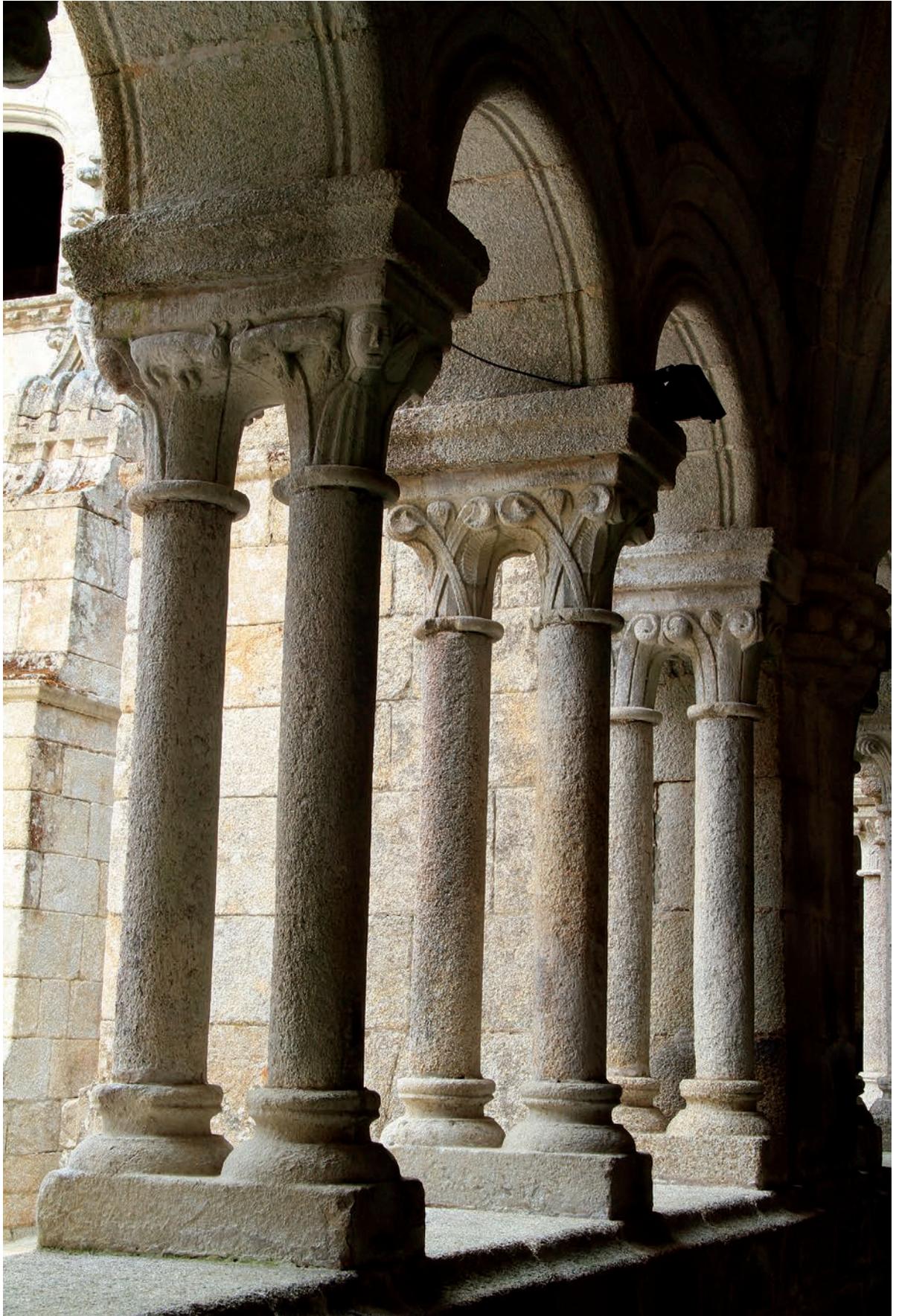
avance o, mejor, la introducción de premisas más en consonancia con pautas ya góticas. Algunas piezas también, pocas igualmente, incorporan decoración figurada, zoomórfica (cuadrúpedos, arpías) y humana (mujeres vestidas con ropa talar, separadas por veneras, y cabezas, unas y otras ubicadas en los ángulos de las piezas).

Sobre los capiteles se dispone un ábaco prismático liso que abarca a las dos piezas que integran el soporte y, por encima de aquel, el cimacio, también único para el conjunto, con perfil cóncavo sin ornato.

El interés de este claustro inicial de Santo Estevo, cuya marcada simplicidad le confiere un aspecto inequívocamente cisterciense (M. Castiñeiras, uno de sus últimos estudiosos, lo ha relacionado en particular con el de la abadía de monjas blancas palentina de San Andrés de Arroyo), es incuestionable. Se trata, por un lado, del único claustro monástico gallego del siglo XIII conservado, en lo sustancial y definitorio, completo y en su primitivo emplazamiento (las reformas del siglo XVI, conviene resaltarlo, no alteraron su esencia). Sus autores, por otro lado, manejan un repertorio formal que, si bien en alguna ocasión permite pensar en premisas ya gotizantes, en la mayor parte de los casos responde a pautas

Claustro de los Obispos





Arquería del claustro



Arco de la antigua Sala Capitular

estilísticamente anteriores, románicas, o mejor, para ser más precisos, tardorrománicas. Nada tiene que ver lo esencial de sus planteamientos y recursos, en todo caso, con los que se documentan en la campaña inicial de trabajos de la abacial, fruto de la actividad de un colectivo de formación y, por tanto, de extracción inmediata "autóctona". La huella de este último, sin embargo, no está ausente del claustro. Aunque escasa, sí cabe detectarla (repárese, en particular, en el capitel con arpiás ubicado en la actualidad en el lado oeste de la galería norte o en la presencia en varios capiteles de la de poniente de hojas con ejes perlados). Las pautas dominantes en la estancia claustral, no obstante, son obra de un taller distinto, con toda probabilidad foráneo, llegado al monasterio verosíblemente como consecuencia de la necesidad de construir un nuevo escenario monumental que sirviese de marco para dar un impulso adecuado a la difusión del culto a los nueve obispos santos que en él estaban enterrados, hecho conocido, como ya comenté, por un documento de Alfonso IX datado en 1220. El que sus sepulcros, como nos indican testimonios posteriores, hubieran estado ubicados hasta

1463, año en el que se trasladaron al interior de la iglesia, en el recinto claustral, permite pensar en 1220, hipótesis no desmentida por su estructura y decoración, como el año de referencia para situar el arranque de su construcción, tal como apuntó también hace ya unos años el ya citado M. Castiñeiras.

A un equipo formado con el taller responsable de la primera campaña de trabajos de la iglesia, a quien debe atribuirse también la autoría del retablo pétreo más arriba analizado, hay que adjudicarle, por el contrario, la ejecución de los escasos restos de entidad, visibles, llegados hasta hoy de la fachada hacia el claustro de una estancia situada en su costado este, próxima a la iglesia, con seguridad, vista justamente su ubicación, la Sala capitular. Son esos vestigios dos vanos con arcos de medio punto, uno, el septentrional, actualmente cegado, otro, el meridional, abierto, perfilando las aristas del semicírculo de este gruesos baquetones lisos, con *congés* en su arranque, disponiéndose en la rosca una moldura cóncava lisa y en el intradós otra de media caña, en cuyo arranque, en el flanco meridional, se emplaza una figura humana, sentada, sin duda un Apóstol, que sujeta con su mano derecha un libro abierto apoyado en su pecho. La chambrana que enmarca al arco, de perfil también semicircular, talla su arista así mismo en bocel sin ornato. Voltea el arco sobre columnas entregas de escasa esbeltez, asentadas sobre un alto zócalo, con basa ática dotada de ancho toro inferior liso dispuesto sobre plinto sin ornato, fuste corto, con dos tambores, y capiteles figurados. El del sur muestra, en su cara frontal, dos arpiás (una, la interior, muy deteriorada), ofreciendo el frontero una representación del Sacrificio de Isaac, temas, uno y otro, muy en consonancia con el lugar en el que se hallan, marcado por el rechazo al pecado y el sometimiento a la voluntad divina, aquel escenificado por las arpiás, este por el Sacrificio de Isaac.

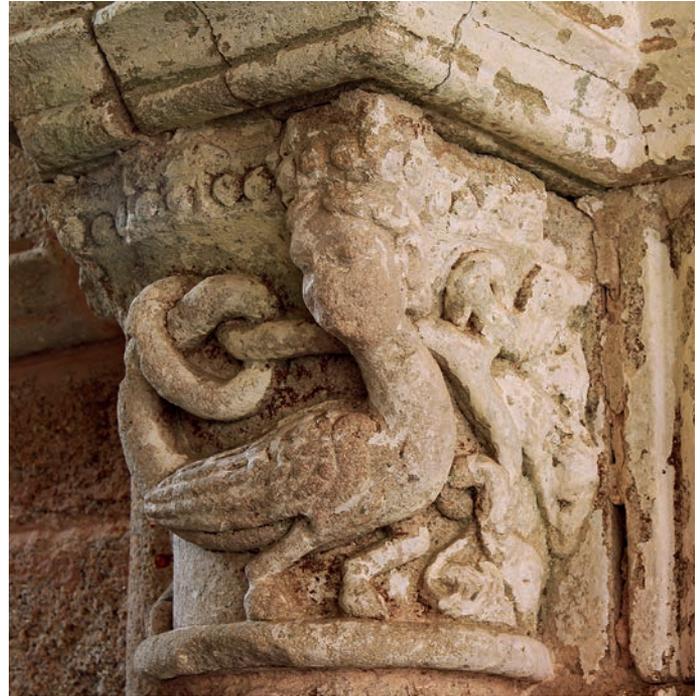
Corona los dos capiteles un cimacio compuesto por una combinación de molduras cóncavas y convexas lisas que se prolongan ligeramente en imposta que sirve de separación entre la chambrana y la pilastra o el machón sobre la que voltea, una y otro con la arista o las aristas exhibiendo marcadas molduras tóricas sin ornato.

Los trabajos realizados a principios del presente siglo en el monasterio para su conversión en un establecimiento hotelero permitieron recuperar, en parte, la visión, oculta hasta entonces por materiales también reaprovechados (entre ellos dovelas, una abocelada), de los capiteles sobre los que volteaba el arco, hoy tapados de nuevo, del flanco norte de la Sala. Exhibe uno ornato vegetal, figurando en el otro un basilisco, animal que, al igual que las ya reseñadas arpiás, tenía en la época una marcada connotación negativa. M. Castiñeiras, que los vio y fotografió antes de su nuevo ocultamiento, los vincula al trabajo del citado taller de progenie "palentino-andresina".

En buena parte del solar que ocupaba en tiempos medievales la sala que acabo de describir, la Capitular, se ubicó



Arco de la antigua Sala Capitular. Capitel del Sacrificio de Isaac



Arco de la antigua Sala Capitular. Capitel con arpía

posteriormente, ya en la Edad Moderna, una escalera que facilita la comunicación con la planta alta del recinto claustral. Su construcción conllevó la destrucción de gran parte de las estructuras precedentes. A ellas, al margen de su simplicidad formal, pertenece también en buena medida el muro que, por el este, cierra la galería claustral que comentamos.

Del análisis que de la distribución de parcelas del complejo monástico de Santo Estevo de Ribas de Sil (iglesia y restantes dependencias necesarias para el desenvolvimiento cotidiano de la vida comunitaria) hemos efectuado hasta aquí se desprende que las de los siglos XII y XIII, las más antiguas del conjunto llegadas hasta hoy, son el fruto de dos grandes campañas de trabajos. Pertencerían a la primera el impulso inicial de la iglesia (terminada, como vimos, en tiempos posmedievales) y, en parte, el costado oriental del recinto comunitario (el ala en la que se inserta la Sala capitular), correspondiendo a la segunda, posterior, sin duda, pero no excesivamente, el claustro y, tal vez también, aunque no se pueda asegurar del todo por falta de vestigios, lo esencial de las restantes dependencias que se agrupaban a su alrededor. Este escalonamiento cronoconstructivo no es exclusivo de Santo Estevo de Ribas de Sil. Responde a un planteamiento habitual en la época, bien documentado, sin necesidad de invocar testimonios ubicados en territorios más alejados, en los que por entonces, siglos XII-XIII, tal como ya comenté en otros estudios, integraban los reinos de Castilla y León.

Las galerías del piso bajo del claustro que he descrito se cubren con bóvedas de crucería estrellada, del siglo XVI, construidas, como bien precisó A. Goy, cuando, tras el incendio que sufrió el monasterio hacia 1562-1563, se acometió su

renovación y se levantó la planta alta del recinto (el año 1722 que ostenta una clave de la galería norte no data el conjunto, sino una intervención concreta posterior), tareas de cuya dirección se responsabilizó Juan Ruiz de Pámanes. El perfil de los nervios que las integran es el mismo que exhiben, salvo los de la capilla mayor, la totalidad de los que muestran las bóvedas de la iglesia abacial, fechables, como ya dije, en torno a 1570, año que figura en un epígrafe ubicado bajo una de las metopas del remate del ábside meridional del templo. La instalación de las bóvedas del claustro, previa a la ejecución de su cuerpo alto, obligó a disponer, en los puntos en los que ejercen sus empujes los arcos fajones y arrancan los nervios, sólidos contrafuertes prismáticos (en ocasiones tapan los arcos claustrales medievales, alterando además su distribución rítmica inicial), rematados por vistosos y cuidados pináculos. De entonces, de los años en que se reformula el claustro, son también, como oportunamente señaló M. Castiñeiras, algunos de los capiteles del cuerpo inferior de la estancia que nos ocupa. Similares todos aparentemente, un análisis detenido de las piezas revela disparidades marcadas en la estructura, en sus componentes y en el tratamiento que estos reciben. Hay en los nuevos, sin embargo, una voluntad de adaptación, de imitación, de recuperación de "estilo", idéntica a la que se detecta en otras partes del complejo monástico (repárese, en particular, en las capillas extremas de la cabecera de la iglesia) remodeladas a partir de los deterioros producidos por el incendio de ca. 1562-1563.

Bibliografía

- AA.VV., 1992, pp. 156-159; ANDRADE CERNADAS, J. M., 2004, p. 81; BANDE RODRÍGUEZ, E., 1990, pp. 91-106; BONET CORREA, A., 1966, pp. 195-197 y 515-517; CARRERO SANTAMARÍA, E., 2004, pp. 12-14 y 26-28; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1972, pp. 508-509; CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, M. A., 2003, pp. 44-49; CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, M. A., 2004, pp. 72-78; CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, M. A., 2006, pp. 54-90; CHAMOSO LAMAS, M., 1958, pp. 35-42; CHAMOSO LAMAS, M., 1973, p. 402; CUPEIRO LÓPEZ, P., 2012, pp. 303-322; DELGADO GÓMEZ, J., 1999; DELGADO GÓMEZ, J., 2010, pp. 15-93; DURO PEÑA, E., 1977; DURO PEÑA, E. y PLATERO PAZ, J., 1990; FONTENLA SAN JUAN, C., 1997-1998, 8, pp. 253-263; FRANCO TABOADA, J. A. y TARRÍO CARRODEGUAS, S. B., 2002, pp. 222-233; GARCÍA IGLESIAS, J. M., 1983, pp. 222-223; GOY DIZ, A., 2010, pp. 11-34; LÓPEZ DE GUEREÑO Y SANZ, M. T., 2013, pp. 185-188; MARTÍNEZ MURGUÍA, M., 1888, pp. 1.015-1.028; MÉNDEZ FONTE, R., 2010, pp. 568-581; MORALEJO ÁLVAREZ, S., 1980, pp. 234-236; MORALES, A. de, 1765, p. 162; MORGAGE SAAVEDRA, P. y RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A. (Coord.), 2004; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 2008, pp. 108-111; PLATERO PAZ, J., 2004, pp. 159-172; REGAL, B., 1973, pp. 44-45; SÁ BRAVO, H. de, 1965, pp. 23-27; SÁ BRAVO, H. de, 1972, II, pp. 57-66; SÁ BRAVO, H. de, 1983, pp. 214-223; SALES FERRÉ, M., 1888, pp. 371-377; VALLE PÉREZ, J. C., 1974-1991, 23, pp. 90-95; VALLE PÉREZ, J. C., 1974-1991, 26, pp. 227-231; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 120-126; VALLE PÉREZ, J. C., 1984, pp. 239-241; VALLE PÉREZ, J. C., 1991, pp. 95-102; VALLE PÉREZ, J. C., 1992, pp. 218-221; VALLE PÉREZ, J. C., 2003, pp. 67-85; VÁZQUEZ NÚÑEZ, A., 1898-1901, pp. 261-273; YEPES, A. de, 1621, VII, fols. 323v-324r; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1995, pp. 439-445; ZARAGOZA PASCUAL, E., 2000, pp. 359-399.